



LA NOCHE BELLA NO DEJA DORMIR **Homenaje a José Martí en el 130 aniversario de su** **muerte - Gerardo Mosquera**

Este año se cumplen 130 de la caída en combate del héroe nacional cubano el 19 de mayo de 1895 en Dos Ríos, en el oriente de Cuba. José Martí había desembarcado en la isla procedente de Haití, en una de las expediciones que organizó para iniciar la última guerra de independencia contra España. Lo acompañaba el general Máximo Gómez, la gran figura militar de las guerras anticoloniales cubanas, y otros revolucionarios.

Los cubanos tenemos la suerte insólita de que nuestro héroe nacional no es un caudillo a caballo sino un humilde poeta romántico, y un pensador anticolonial y latinoamericanista. Hoy que se habla tanto de la modestia de José Mujica, debería conocerse más la de Martí. A los diecisiete años sufrió prisión con trabajos forzados antes de ser deportado a España. La mayor parte de su vida la pasó en pensiones en

Nueva York y en varios países de América Latina, moviéndose mucho. Vivió poco tiempo en Cuba porque siempre lo deportaban por su actividad independentista, pero a ella consagró su vida, dejando de lado a su familia y a una extraordinaria vocación literaria, algo que le reprochó Rubén Darío. Pero así y todo escribió muchísimo: poesía - considerada un precedente del modernismo literario-, artículos, crónicas, discursos, columnas en periódicos, correspondencia muy copiosa, y hasta editó una revista para niños. Pete Seeger puso sus versos a la música de Guantanamera, y desde entonces se cantan por todo el mundo.

Martí llevó un diario de campaña de Cabo Haitiano (lugar de partida de la expedición) a Dos Ríos. Es un documento extraordinario. Describe las incidencias del inicio de la guerra en un lenguaje sintético y lleno de resonancias, que podría considerarse un antecedente de Isaac Babel, Ernest Hemingway y Juan Rulfo. Expresa la emoción de Martí ante el comienzo de la lucha, su vivencia en la manigua insurgente, y al redescubrir el paisaje cubano. Lo hace con singular belleza, de un modo muy personal, a la vez realista y poético.

Una de sus páginas más memorables corresponde al 18 de abril, un mes antes de morir de un balazo en su bautizo de fuego. Gómez había intentado impedir que combatiera, pero Martí se negó, preocupado de que se le considerase un "capitán araña", en una decisión que todavía lamentamos los cubanos, un gesto trágico, como en un cuento de Jorge Luis Borges. Anochece, la tropa arma campamento en el monte, y Martí escribe:

La noche bella no deja dormir. Silba el grillo; el lagartijo quiquiea, y su coro le responde; aún se ve, entre la sombra, que el monte es de cupey y de paguá, la palma corta y espinuda; vuelan despacio en torno las animitas; entre los ruidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima: es la miríada del son fluido: ¿qué alas rozan las hojas?, ¿qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas?, ¿qué danza de almas de hojas?

Es un texto poético de gran belleza y una descripción sonora y visual del monte cubano, llena de emotividad hacia la tierra reencontrada tras una larga ausencia.



Esta relación se escribe directamente, a menudo en el momento mismo en que se experimenta. Es un apunte del natural que contrasta con la situación bélica en la que fue creado. El poeta coexiste con el guerrero improvisado y valiente, se impone: la belleza de la noche montañesa de su tierra le impide el descanso, lo abraza, y, quizás, lo encamina también a la muerte. Otro poeta, José Lezama Lima, desencadenó en imágenes su percepción de los "jardines invisibles", y barrocos, de la "noche insular". En la canción Noche cubana otro poeta más, el cantautor César Portillo de la Luz, escuchó también la "voz de susurro de frondas" de la noche criolla, y sintió su abrazo sensual. Una sensualidad que en Martí se expresa en una enunciación evocadora que nos hace sentir la música del campo nocturno mediante la música del lenguaje, un lirismo en desacato de la épica que él mismo había desencadenado.

Martí había escrito años antes en un poema:

*Dos patrias tengo yo, Cuba y la noche.
¿O son una las dos? (...)*

En ese mismo poema había sentido:

*(...) Ya es hora
de empezar a morir. La noche es buena
para decir adiós. (...)*

La noche posee una gran riqueza de significados en el plano simbólico: inicio, final, cambio hacia un nuevo comienzo -tanto en el mundo exterior como en el interior-, umbral de interacción entre caos y cosmos, reino de lo inconsciente, del misterio, momento propicio para la meditación y el encuentro con lo divino... Pero, sobre todo, y sin dejar de estar en relación con estas asociaciones, en la literatura y en muchos sistemas religiosos y filosóficos la noche se afilia con la muerte. No sólo como fin de la vida, sino como disolución del yo, del sentido, y como final del mundo. No obstante, a menudo no expresa una conclusión absoluta, sino la frontera hacia otra forma de existencia, sobre todo espiritual, donde la anulación de lo profano conduce a renacer en lo sagrado, como en los ritos iniciáticos.

Esta exposición se inspira en esa síntesis de poesía y combate, vida y muerte, expresada por Martí con la imagen de la noche. Se concierta como una muestra inmersiva donde se conjugan un mural de la brasileña Sandra Cinto, pinturas del uditoto peruano Rember Yahuarcani y una obra sonora del ecuatoriano Christian Proaño. Con estos artistas tan diferentes y sin vínculos directos con Martí o con Cuba, la exposición intenta, no obstante, expresar imaginalmente la poesía martiana de la noche en un homenaje al héroe-poeta cubano.

El mural de Sandra Cinto, en la pared de 23 metros de largo por 3.7 de alto del espacio, nos sumerge en la inmensidad de la noche cósmica. La obra es una manifestación mayor de su indagación estética, profundamente inspirada por la sublime belleza del cielo y el mar, cuyas formas esenciales busca articular de una manera casi abstracta. Más allá de la elegancia estilizada de su obra, Cinto trasciende la contemplación, buscando capturar y comunicar la grandeza y el misterio intrínsecos de los elementos naturales.

Sus pinturas en gran formato generan una percepción paradójica: a distancia parecen murales con visiones masivas de ondas abstractas, que fluyen sobre una



superficie plana. Sin embargo, acercarse a ellas revela una realidad opuesta: las formas son fruto de un minucioso dibujo miniaturista. Las obras van así de lo monumental a un diálogo íntimo con el espectador, que oscila entre el asombro y la introspección. Cinto ha logrado representar un erotismo sensual y envolvente de la naturaleza, y una sensualidad de la noche, como la expresada por Martí.

Las pinturas de Rember Yahuarcani no son nocturnos en el sentido habitual del término. Su fondo es negro porque en la cosmogonía uitoto los seres, la naturaleza, todo lo existente salió de una oscuridad originaria donde se formó. Mircea Eliade ha señalado que muchos mitos cosmogónicos de distintas culturas describen el período anterior a la creación del mundo como una oscuridad o noche primordial. Esta "noche cósmica" representa el estado indiferenciado y caótico del que emergió el cosmos. De igual manera, el artista da forma a sus representaciones pictóricas a partir de un fondo oscuro.

Desde allí crea seres míticos, espíritus, dioses y energías de la selva tomados del acervo cosmovisivo de su cultura, transmitido oralmente por sus familiares. Sus pinturas se inspiran también en visiones chamánicas obtenidas mediante la ayahuasca. El narra los mitos uitoto, expresa la unión del ser humano con la naturaleza, y a menudo denuncia las agresiones a la Amazonia y sus pobladores. Los personajes pintados por Yahuarcani no poseen representaciones en su cultura tradicional: él los concibe desde su imaginación personal, creando una iconografía religiosa y cosmovisiva a través del arte contemporáneo, en una síntesis entre este y la cultura tradicional. Sus entes y fuerzas pueblan la noche, y es como si con ellos el artista diera respuesta a las preguntas que Martí formula al final de su texto.

Christian Proaño ha creado una obra sonora que inunda la sala suavemente. En ella ha manipulado el sexteto de cuerdas *Noche transfigurada*, del músico vienés Arnold Schoenberg, compuesto en 1899. El compositor lo llevó a orquesta de cuerdas en 1917, versión que revisó en 1943, lo que muestra el valor que daba a esta obra, inspirada en un poema homónimo del escritor alemán Richard Dehmel. Aunque no es música programática, la composición sigue expresivamente la narración del poema, que es la historia de un amor que resurge desde su muerte, en una transformación espiritual profunda: una noche que se transfigura.

Proaño ha hecho con el sexteto algo tan osado como delicioso: ha mezclado en pistas separadas los tres violines, las dos violas y el chelo de la pieza con sonidos del monte nocturno, incitado por el texto de Martí. El croar de las ranas, el piar de los pájaros, el susurro de las hojas con el viento se ha mezclado así con la música de las cuerdas. La obra envuelve el espacio desde seis parlantes, uno por cada pista sonora, dialogando con las obras visuales. Lejos de agredir la composición de Schoenberg, el artista la ha activado hacia un nuevo fin, valiéndose del sentido abierto y el carácter polisémico de toda obra de arte. Más natural aun tratándose de un compositor revolucionario como el austríaco, que introdujo la atonalidad -con su tensión constante-, concibió la armonía no sólo como relación de los acordes, sino de todos los elementos musicales, y desafió las convenciones. A decir verdad, la historia del arte es en buena medida la historia de la descontextualización y la resignificación de los productos estético-simbólicos.

De las tres piezas en la muestra, la de Proaño es la única que ha sido concebida especialmente a partir del texto de Martí. Pero el artista no ha procurado imitar la música de la noche descrita por el poeta, sino crear una imagen sonora en ella



ALCALDÍA DE
CUENCA



inspirada. Del mismo modo, la curaduría de la exposición ha buscado articular las obras muy diferentes de tres artistas también muy diversos en una experiencia total reveladora. Ella integra visualidad, sonido y texto para expresar la epifanía poética de la noche, su canto insomne, y el renacer trascendente del héroe-poeta más allá de su muerte.

Gerardo Mosquera.